

RESEÑAS

Juan de Á. GIJÓN GRANADOS, **Los presos de Madrid en 1936**. Sevilla: Espuela de Plata (colección España en armas), 2020, 948 p., ISBN: 9788418153167

Este documentado libro, subtítulo *La historia de las ejecuciones extrajudiciales de las cárceles del gobierno Largo Caballero en los alrededores de Madrid*, constituye una aportación interesante a los estudios sobre la represión en la España republicana durante la Guerra Civil. Desde la introducción el autor deja claro una de sus tesis principales: la influencia del comunismo y de la política estalinista en el Frente Popular español fue importante, penetrante y decisiva, entre otros aspectos en el que analiza: la represión, la eliminación del preso derechista como una aportación más para la construcción de la sociedad antifascista de retaguardia (desarrollada en p. 379-469). Idea muy alejada, según Gijón Granados, de las fórmulas democráticas que supuestamente defendían las izquierdas. Y es que la palabra “exterminio” estuvo en boca de propagandistas y dirigentes muy señalados como La Pasionaria o los militares rebeldes (p. 18). Si para Julius Ruiz –autor de *El Terror rojo* y *Paracuellos* – los consejeros de las matanzas fueron soviéticos pero los responsables de ejecutar sus sugerencias fueron españoles; mientras que para Gijón Granados, si los ejecutores fueron españoles,

los consejos y órdenes vinieron de la Internacional Comunista y, en definitiva, de Moscú. Cuestión de matiz para el lector.

No obstante, esta investigación critica la represión política del gobierno republicano pero también la del franquista. En su opinión “la sistemática violación de los derechos humanos en nuestra guerra por los dos bandos hemos de aceptarla como parte de nuestra historia para no repetirla y para solucionar un problema primero tenemos que admitirlo, sin necesidad de ser equidistantes” (p. 10). Somos descendientes de todos esos españoles que afrontaron la locura de los años treinta. Refrescante afirmación que contrasta con la mitificación de esa década que pretende hacer actualmente una historiografía excesivamente emocionada con quienes se presentan como nueva alternativa de izquierdas y que –en cuanto han tocado poder – han manifestado los mismos vicios y defectos de los partidos tradicionales a quienes venían a sustituir.

Acierta de pleno el autor cuando señala que, si bien el general Vicente Rojo afirmó en sus memorias que el terror estuvo ligado a la revolución y al comienzo de la guerra, lo cierto es que llevaba cinco meses

manifestándose. Efectivamente, al igual que otros autores –Manuel Álvarez Tardío, Roberto Villa, Julius Ruiz o Fernando del Rey– han estudiado, la violencia desencadenada desde los primeros meses de 1936 contra personas, edificios y elementos tuvo su continuidad en la Guerra Civil, aumentando su intensidad y geografías. ¿Por qué el primer gobierno del Frente Popular no cortó esas manifestaciones de violencia contra el clero y las derechas? Fundamentalmente por no romper la unidad de la coalición electoral de izquierdas que se había alzado con la victoria en febrero. La izquierda burguesa, que formaba parte de la misma, aceptó ese tipo de actuaciones para evitar la desintegración de su alianza con los partidos obreros, que hubiera supuesto o nuevas elecciones o la subida al poder del centroderecha otra vez. Esa izquierda burguesa aceptaba esas manifestaciones violentas anticlericales al concluir que la Iglesia católica había tenido una responsabilidad clara en la represión de la revolución obrera de 1934. Y continuó aceptándola en los meses de Guerra Civil al concluir que la Iglesia apoyaba a los “fascistas” y que se merecía lo que le estaba pasando a su clero y sus fieles. Fue uno de esos representantes de la izquierda burguesa –José Giral – quien ordenó la distribución de armas entre la población, lo que legalizó la clandestina tenencia de las mismas por parte de partidos y sindicatos. No debemos olvidar, y

en esto el autor no lo señala lo suficiente, que el anticlericalismo había sido el “pegamento” esencial de las uniones electoras de las izquierdas en las primeras décadas del siglo XX en España.

El autor demuestra que analizando fuentes primarias fundamentales (Causa General, Centro Documental de la Memoria Histórica de Salamanca, archivos militares, regionales y municipales como el de Paracuellos y que ha leído una ingente lista de obras sobre el tema. Repasando brevemente la historiografía sobre la represión en la Guerra Civil, concluye que, en la mayor parte de las obras del siglo XX, aparece mucha crítica contra el bando contrario pero poca autocrítica. En el presente siglo, si bien algunos autores han aceptado el alcance de la represión republicana se continúa responsabilizando a descontrolados o elementos ajenos al poder organizado del Frente Popular, lo cual no resulta cierto para Gijón Granados que demuestra a lo largo de este libro la participación de varios ministros del gobierno.

Es por ello que al lector le sorprende la claridad del autor a la hora de analizar y organizar el esquema de responsables de las matanzas de presos de las cárceles de Madrid durante el primer año de guerra (p. 248-378). No tiene ninguna cortapisa en señalar, en primer lugar, la parte de responsabilidad que tuvo en la represión el presidente del Gobierno, Largo Caballero, y varios de

sus ministros a través del apoyo a sus hombres de confianza para organizar esa labor (p. 470-553). En segundo lugar, desarrolla la historia de una cohorte de personajes que trabajaron para que los presos desaparecieran del Madrid revolucionario: el autor reconstruye con sumo detalle las redes clientelares de los ministros de Gobernación, Justicia y Agricultura (particularmente interesante es el capítulo sobre la represión en el Instituto de Reforma Agraria), en donde participaron representantes de todos los partidos que formaban el Frente Popular, aunque más adelante unos y otros se echaran las culpas (responsabilidades) mutuamente. En tercer lugar, analiza el papel desarrollado por los ejecutores a pie de fosa y, finalmente, un cuarto nivel ocupado por los civiles forzados a enterrar los cadáveres, que desarrolla especialmente en el caso de Paracuellos y Torrejón de Ardoz (p.197-222 y 577-602).

Un capítulo final analiza la represión franquista en el Madrid de la posguerra y el caso de Paracuellos como hito de propaganda del régimen, buscando separar los mi-

tos de las realidades, al igual que Julius Ruiz. Finaliza con unas conclusiones, una selección biográfica de los personajes –principales y secundarios – citados en el texto y la consabida (pero necesaria) relación de fuentes primarias y secundarias, además de un útil índice onomástico.

En definitiva, a través de estas páginas queda demostrado que la revolución social eliminadora de derechistas o “fascistas” fue un mecanismo dirigido y controlado desde las más altas instancias del poder político republicano. Y si el número de asesinados no fue mayor fue por la protesta, protección y vigilancia que intentaron realizar numerosos representantes –no todos– del Cuerpo Diplomático extranjero en Madrid, Zarauz, Valencia y Barcelona. Labor que el autor, si bien señala, no desarrolla minuciosamente quizá por no haber consultado las principales investigaciones sobre asilo diplomático de quien firma esta reseña y que le hubieran ayudado a precisar mucho mejor este aspecto en su interesante libro.

ANTONIO MANUEL MORAL RONCAL

Ingrid CÁCERES WÜRSIG y Remedios SOLANO RODRÍGUEZ, **Reyes y pueblos: poesía alemana del Trienio Liberal**. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca (Colección Aquilafuente, 273), 2019, 336 p., ISBN: 9788413111605

Esta obra surge con oportunidad, al filo del bicentenario del Trienio Liberal, una experiencia política que fue

clave, entre otras cosas, porque consistió en el primer intento de llevar a la práctica un régimen constitucional en